

APOLO

AÑO IV
NÚMERO 23

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

: : : DE PÉREZ Y CURIS : : :



MONTEVIDEO.

Enero de 1909.

VISTAS ESTEREOSCÓPICAS Y APARATOS ESTEOROSCOPOS

PRECIOSAS VISTAS DE LAS MÁS HERMOSAS POBLACIONES DEL MUNDO, DE LAS MÁS
BELLAS OBRAS DE ARQUITECTURA Y ESCULTURA, DE LOS MEJORES MUSEOS
Y DE INFINITOS OTROS ASUNTOS.

EN NEGRO, COLORES TRANSPARENTES, SOBRE VIDRIO, ETC., ETC.
TODAS DE GRAN RELIEVE Y ADMIRABLE NATURALIDAD.

LIBRERÍA VAZQUEZ CORES

AVENIDA 18 DE JULIO, 36 y 38

**Si es usted forastero y no
conoce la ciudad, no tiene
que preguntar nada a na-
die, todo se lo explicará
: : : LA GUIA : : :**

Quo Vadis?

Ferrocarriles, Vapores, TRANVÍAS, Mensa-
jerías, etc. — PLANO COMPLETO, NOMEN-
CLATOR Y DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD.

Montevideo en el bolsillo
: : : ÚNICA EN SU GÉNERO : : :

— * Talleres * —
- de Fotografía -

- Fotograbados -
de

FILLAT y C.^a

Convención, 152
- - - - (altos) - - - -
entre 18 de Julio y Colonia

Teléfono:
COOPERATIVA, 719

— MONTEVIDEO —

— Estudio —

Fotográfico

Bellini y Abó

• • •

18 de Julio,

= = 346 = =

entre Cuaréim y Yí

•

Especialidad = = =

**= = = en cualquier
clase de trabajo**

LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD

== DE ==

José M.^a Serrano y C.^a

Obras de Derecho, Historia,
— Literatura y Ciencias —

CENTRO DE SUSCRIPCIONES

Surtido general de papelería, artículos
de escritorio y tarjetas postales

260 - CALLE 25 DE MAYO - 260

— MONTEVIDEO —

LONGINES



GRANDS PRIX.

LA ELECTRICA

Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

CIOFFI, REGUSCI Y VOULMINOT

Empresa de instalaciones eléctricas particulares é industriales

Gran exposición de artefactos, arañas, brazos, portátiles tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención - Montevideo

LOS DOS TELÉFONOS

"GERMEN"

Revista de Sociología

Director: Alejandro Sux

En venta en la **LIBRERIA MODERNA**
SARANDI, 240 **MONTEVIDEO**

❖ ❖ ❖ **APOLO** ❖ ❖ ❖

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$	0.15	oro
» de lujo	»	0.20	»

• • •

Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Enero de 1909

N.º 23

Notas sobre política

Los siervos

Hay quien cree todavía en la integridad y nobleza de los vampiros de la diplomacia.

¡Candidez de candideces!

Un diplomático es un liberto que, inútil para la vida práctica y al mismo tiempo refractario á la vida contemplativa y á toda acción personal que no menoscabe su dignidad, dase incondicionalmente al servicio de cualquier causa y obtiene á fuerza de ruegos y genuflexiones el vellocino de oro del presupuesto.

Su categoría de representante de un país, sea éste monárquico ó republicano, niega en él todo principio de integridad y concluye por incluirlo en el rebaño de los *próceres claudicantes*.

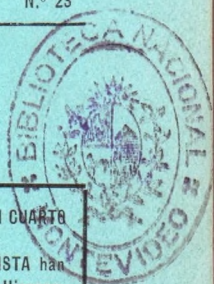
Estas manifestaciones también se extienden al agente consular y al empleado de la nación que permanecen en sus puestos cualesquiera que sean las orientaciones de los gobiernos y sus fórmulas políticas; al periodista asalariado que aplaude con igual tesón desde las columnas de su diario la política de todos los Césares y á los autómatas parlamentarios para quienes los actos del gobierno merecen siempre el galardón del aplauso.

Algunos suelen lucirse por su carácter maleable y por el grande empeño que demuestran en agradar á su amo. De ahí las metamorfosis que opéranse á menudo en el mundo político: enemigos recalcitrantes de un mandatario de súbito se convierten en sus más fieles secuaces.

Sé de uno (por él escribo estas líneas) que siempre hablábame con gesto amargo de condenación del inepto catedrático que hoy gobierna este país. Consiguió un consulado y todo su odio de otrora trocóse en cariño y admiración hacia él, hasta el punto de dedi-

Con este número APOLO entra en el CUARTO AÑO de existencia.

Los juicios que sobre nuestra REVISTA han formulado altísimos intelectuales de Hispanoamérica nos eximen de todo comentario acerca de nuestro esfuerzo.



carle un largo artículo en el que agotaba el vocabulario de la adulación y el elogio.

Y ese cónsul cayó en ridículo; porque el presidente Williman ni tiene talento ni ha encarrilado al Uruguay en la senda del progreso como aquél se obstinaba en demostrar con ditirámicas frases.

¡Eh... bueno! El agradecimiento se impuso, y el flamante cónsul quiso demostrarnos sus veleidades literarias haciendo la apología de su amo.

Cipriano Castro

Ha estado en París el sátrapa venezolano. Su ausencia de Venezuela, en el presente momento en que una *élite* de escritores exilados aboga por la supresión del déspota, parece anunciarme la hora del tiranicidio.

¿No habrán animado algún espíritu libre las prosas exaltadas de Vargas Vila, de Pedro César Dominici, de Jacinto López y de César Zumeta?

¿Volverá Cipriano Castro á ensangrentar con sus garras el alma de Venezuela?

Quiero creer que no. Surgirá un brazo libertador que le pondrá una barrera entre Europa y América. Esperemos.

PÉREZ Y CURIS.

Diciembre 15 — 1908.



ESTANCIA URUGUAYA

Las ignoradas

Cerro Santa Lucía

Para Aroto.

I

Cubriendo peñascos enormes i grises,
al borde del cerro colgaban tapices
de leves, lijeros rosales en flor;
la red delicada del suelto ramaje,
sutil i flotante, formaba un encaje
de rosas nevadas i oscuro verdor.

Al sol matutino, de lo alto, prendidas,
bajaban cubriendo, las ramas floridas,
la parte del cerro cortada en talud,
i hacían con sombras i luz arabescos
si por sus dibujos livianos i frescos,
pasaba una brisa del norte o del sud.

Al soplo errabundo, fugaz del estío,
sus lágrimas tenues dejaba el rocío
correr por el tallo, la fibra o raíz;
algunas brillaban, caían al suelo
teñidas de rosa, de púrpura o cielo,
envueltas en iris de vario matiz.

Pero otras, como esas tan leves i puras,
corrían lijeras por guías oscuras,
perdiéndose al fondo del blanco rosal.
De aquella ondulante cortina de flores
caían rodando, sin luz, ni colores,
al légamo oculto, sombrío, letal.

El mismo risueño capricho del viento
que hizo al ramaje temblar un momento
i dar un murmullo de vaga fluidez,
rasgó la pureza sutil del rocío
cerniéndola en gotas, ya al sol del estío,
ya sobre la negra, la húmeda hez!

II

Así, cada vez que algún soplo impregnado
De fe, de ideal, o de amor ha pasado
moviendo lo humano con voces de augur,
las almas del lado radiante caídas,
se fueron por luces de gloria ceñidas,
orladas de blanco, de grana o de azur.

Mas, cuántas como esas tan grandes i puras,
rodaron secretas, calladas, oscuras,
¡oh, cuántas no fueron al lodo a caer!
Allí para siempre quedaron perdidas
i nunca un matiz de las otras caídas
al sol de la gloria, pudieron tener!

Cayeron al soplo del aura ondulante
que hizo a lo humano vibrar un instante,
cual lágrimas puras de fe o de pasión:
las unas al día, de cielo irisadas,
las otras al fondo sin luz, ignoradas,
como esas que ruedan sobre el corazón...

III

Vosotras, mis Rimas, ardientes: piadosas,
que amáis a quien va sobre espinas o rosas
buscando la sombra que cierne el laurel,
moved vuestras plantas, alijeras Rimas,
cruza las llanuras, las cumbres, las simas
en suelto, ligero, sonoro tropel.

Romped el azul de la bruma distante,
buscad con mirada vivaz, anhelante,
las flores más blancas de todo el confín;
cargad vuestros brazos de tiernos albores,
con todos los frescos, los niveos colores
del lirio, la rosa, la dalia, el jazmín.

Y luego esas flores cerned sobre aquellas
incógnitas almas perdidas sin huellas,
sin dar una chispa de luz inmortal.
Abrid vuestros brazos, verted en lo hondo
del lóbrego olvido, allá, sobre el fondo,
cual rayos gloriosos, la lluvia floral.

Cubrid de perfumes el negro vacío
donde ellas se hundieron heladas de frío
i yacen cubiertas de inmenso capuz;
cubridlo, mis Rimas, con mano expiatoria:
¡tan pura es un alma caída sin gloria,
cual lo es una lágrima caída sin luz!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Descredo de Arte

Para APOLÓ.

(Damos á continuación el prólogo que llevará el folleto «Bajo la careta», de nuestro colaborador Angel C. Miranda, que contendrá su cuento del mismo título aparecido en esta Revista y que el conocido escritor «Fénix» motejó de ultra naturalista y casi pornográfico).

Si para mí el Arte pudiese divinizarse como el Dios de una religión cualquiera, yo tendría también mi credo... Creo en el Arte, todopoderoso, creador de lo bello, de lo grande y de lo justo... Después seguirían las demás frases de orden.

Pero, en arte, yo no tengo ritual. Mi culto es sin brevario, y, por lo tanto, sin oraciones. Frente á su ara yo no silabeo más que alguna que otra frase de admiración, con algo de encanto y de éxtasis.

En literatura, pues, no soy adepto de ninguna escuela. Cuando leía libros, — puesto que hoy sólo leo á la vida, — leía diversos autores y de distintos géneros. Al escribir, lo hago también así, libremente, sin más preocupación que reflejar el caso que estudio, desarrollo y analizo en el papel.

Ni en ideas, ni en escuela literaria, soy sectario. Soy, sí, un cerebral autónomo, independiente, que ha pospuesto todos los pensares ajenos á su modo de observar y juzgar las cosas de la vida que pasa. Por eso creo que no se me puede apreciar para un trabajo literario aislado del conjunto de mi labor.

¿Es lícito ésto? ¿Es normal, es justo, es propio de un ente humano, por más intelectual que sea, frente á las relatividades de la vida? Nunca me he detenido á pensarlo y menos voy á hacerlo ahora, después del difícil y árido camino recorrido.

En cuestiones intelectuales soy un tanto orgulloso y jamás me preocupa el vocerío del vecindario. La suerte está echada hace tiempo. ¿Pasaré el puente?...

Por lo demás, soy un cultor austero del arte. Y es á mí que el viejo trovador de todas las orientaciones mentales, el cronista «Fénix», del diario *El Siglo*, ha venido á llamar escritor ultra naturalista, casi pornográfico ó para hombres solos? En verdad que la ironía es cruel.

Sin embargo, mi cuento «Bajo la careta» es un trabajo literario decente, como todos los míos. Julia, desnuda, es un kermoso símbolo de la belleza femenina en todo su esplendor. Si mi pluma se especializó en describir aquel cuerpo sin velos, fué sólo por cantarlo y sin ningún pensamiento pernicioso, puesto que yo, como escritor, no soy ningún atacado de morbosidades sensuales y tampoco pretendo halagar los sexualismos enfermizos de nadie.

¿Quiere saber quien me sirvió de modelo para la descripción de ese desnudo? Pues, una pobre jovencita, suicida del fuego, á la que cumpliendo un deber periodístico ví curar sobre la mesa de un hospital, con parte de su espléndido cuerpo devorado por las llamas. Más tarde, interesado por aquella existencia tronchada á los quince años, supe por la joven misma la historia de su caída en

el vicio y el motivo de su horrible resolución, todo lo cual, variado un poco, me sirvió para escribir la producción literaria que defiende.

Pero, todo es real. Existió en su vida la mujer infame que la engañó y la vendió á la mejor oferta; se realizó aquella fiesta del día de su caída; tuvo, entre los brazos de su primer poseedor, aquella irónica explosión de su carne joven. Hasta durante la visita que la hice en el hospital, sencillamente, como ella podía, me expresó el vacío selecto de su alma sin fe en nada de los hombres, constatando con su vida la ineficacia de las leyes y de las religiones, de los códigos y de la cruz, para evitar la fuerza y el avance del mal.

Con estas reflexiones termino mi cuento. Si así fué todo, yo no soy culpable de que á unos les parezca bueno y á otros malo. Como escritor de las cosas de la vida, he presentado una de sus múltiples y variadas fases.

ANGEL C. MIRANDA.

Cuarto, Diciembre 13 de 1903.

Rufino Blanco Fombona



Es uno de los escritores venezolanos que, como Domínguez, Díaz Rodríguez y Zumeta, representa lo más alto de la intelectualidad de su país. Sus libros «Cuentos Americanos» y «Pequeña Opera Lírica», (prosa y verso, respectivamente), son un bello conjunto de creaciones originales que consagraron á su autor en Europa y América.

De un libro en prensa: Las nuevas tendencias literarias

El «modernismo» en España

A raíz de la muerte del decadentismo, que llegó á España con gran atraso, después de haber dado la vuelta á la América latina, quedó en la literatura castellana un grupo neutro que supo escapar al naufragio, dando á su desorientación una forma cautivante. De las particularidades de las antiguas escuelas había conservado la meticulosidad, el rebuscamiento de la línea y cierto prurito jaetancioso de denigrar el pasado y creer que todo estaba por hacer. Pero á esas supervivencias atenuadas de la corriente artificialista, unía una clara visión de las cosas, un amor profundo de la belleza y una admirable libertad de espíritu. Eran almas jóvenes que se mantenían al margen de la vida, esclavas de un desgraciado prejuicio inicial. Pero las excentricidades, cada vez más tímidas y más interminantes, empezaban á perder la forma agresiva. Claro está que toda esa juventud desencantada no se atrevía á quemar los ídolos de ayer. Pero la mayor parte afirmaba, con más ó menos reticencias, su voluntad de pensar de acuerdo con el siglo. Porque aunque todos no comprendían las cosas de la misma manera, y aunque se podía decir que la homogeneidad del grupo residía precisamente en la diversidad, no era difícil descubrir algunos puntos comunes. En conjunto, se trataba de un núcleo impaciente que, des-

pués de haberse entregado al preciosismo, descubría la vanidad final de su tentativa y se dispersaba por las laderas de la montaña al azar de la fortuna, sin más lazo de unión que la perplejidad.

Todo ello fué tomando poco á poco un carácter y una forma. La reacción contra el primitivo decadentismo se hizo patente hasta en el nuevo nombre que adoptó el grupo. Decirse «modernistas» era confesar una tendencia á avanzar, á renovar, á caminar hacia el porvenir, mientras que el anterior dictado de decadentes parecía envolver no sé qué idea de cansancio, de resignación y de caída. Además, había una cuestión de número y de popularidad. Los decadentes fueron un grupo hermético y reducido que se dirigió á una pretendida *élite*, mientras que los «modernistas» se multiplicaron y se crearon un público relativamente numeroso. A mayor amplitud de gesto, correspondía mayor amplitud de escena. Por otra parte, el «modernismo» tendía á alejarse cada vez más de su punto inicial. Insensiblemente, como se renueva la piel por asimilaciones y eliminaciones invisibles, se fué modificando la fisonomía de muchos escritores, que pasaron del fingimiento á la casi sinceridad sin darse cuenta de que se habían metamorfoseado; é insensiblemente también fueron siendo

anexados por la opinión al «modernismo» muchos otros que por su origen y por sus características nunca habían soñado fraternizar con él. Así se formó una masa tan considerable como confusa, donde por la misma ausencia de programa cabía todo.

Peró ¿qué es, en definitiva, el «modernismo»? De «modernistas» han sido motejados Valle Inclán, Rueda, Carrère, los hermanos Insúa, Jiménez, Martínez Sierra, Machado, Pedro de Répide, López Barbadillo, Villaespesa, Candamo, de Val, González Blanco, Rusiñol, Diez Caneado, Maragall, Benavente, Pérez de Ayala, Marquina, Ramírez Angel y hasta el que escribe estas páginas. Tan profunda resulta la confusión de tendencias y matices, que no parece posible deducir nada concreto. Algunos de estos literatos son simples adoradores de la Naturaleza; otros blasonan de artifices pacientes y limitados: aquéllos se obstinan en aparecer como diletantes á la antigua usanza, y éstos se confiesan partidarios de un arte social. ¿Cómo descubrir los lazos que los unen? ¿Cómo explicar que fraternicen bajo una misma denominación? Sin embargo, el «modernismo» existe, sino como escuela, por lo menos como grupo. De ello dan fe los artículos de los escritores jóvenes y hasta el catálogo de la librería Pueyo, donde han sido reunidos los nombres más contradictorios. La palabra se ha hecho tan común, que la vemos aplicada á todo: al periodismo como al traje, á la pintura como al sistema de alumbrado, y aunque aquí significa una cosa y allá otra (¿cómo pueden haber igualmente dentro de un ró-

tulo Nietzsche, la mitología, el socialismo y las modas 1830?), es innegable que algo coordina interiormente las visibles disonancias.

Quizá ocurre con esta tentativa lo que con el bien público: muchos son los que se dicen partidarios de ella, pero cada cual la entiende á su modo. Sin embargo, vamos á tratar de desenrañar su espíritu.

Lo primero que hallamos dentro es el odio al clasicismo glacial y al romanticismo grandilocuente. Como consecuencia inmediata, vemos asomar un deseo de novedad que ora lleva á los escritores á aceptar las hipótesis y las formas más atrevidas, ora los empuja hacia pasados remotos que por su propia vetustez sorprenden y dan la sensación de lo inédito. Como tercera característica, para completar el triángulo, descubrimos una franca predisposición á aceptar y buscar la influencia francesa. Pero mirándolo bien, estos rasgos comunes son casi exclusivamente negativos, porque ponen en evidencia lo que aquellos escritores combaten, sin especificar lo que persiguen. Hasta cuando se inclinan á adoptar formas nuevas, á rehabilitar el pasado ó á admitir la ayuda de otra nación, no hacen más que dejar constancia de su inquietud, porque ni delimitan cuáles serán los procedimientos renovadores, ni explican dónde reside la novedad del pasado, ni declaran en qué dosis debe ser mezclada la influencia extranjera al alma nacional. De lo cual resulta que lo único definido y tangible que encontramos dentro del modernismo es lo que éste ha conservado del movimiento decadente. Y no lo deci-

mos en son de burla, porque la prolijidad, el amaneramiento y la jactancia de antes se han modificado de tal modo, que hoy pueden pasar como cualidades útiles para contrarrestar el descuido y el sometimiento que caracterizó hasta hace poco á la literatura española.

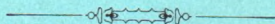
Si quisiéramos recoger rasgos aislados que sólo existen en algunos escritores, podríamos llevar río arriba el análisis y la definición, pero como lo que sorprendemos en éstos está en contradicción con lo que descubrimos en aquéllos, y como cada cual parece haber realizado lo posible por darse un perfil diferente de los demás, sólo conseguiríamos aumentar la confusión introduciendo componentes puramente personales en una definición común. Después de todo, el modernismo no es quizá más que un movimiento individualista, una coalición momentánea de gentes que abominan lo que existe sin declarar lo que desean y quieren ir á alguna parte, sin saber á dónde. La tendencia natural que nos induce á buscar en la actitud de los otros una excusa á nuestras propias debilidades, hizo que los escritores de este grupo reprocharan á los de la

generación anterior la inconsistencia y la abulia que encontramos en ellos mismos. Pero la verdad es que el movimiento, tal y como lo vemos actualmente, significa una protesta, pero no abre una orientación.

Y claro está que si sólo le damos el alcance de una protesta, todos los jóvenes somos modernistas, porque todos deseamos acabar con el tradicionalismo y crear una nueva literatura. En lo que diferimos es en la manera de ver el porvenir.

Por eso cabe declarar que si el empuje no ha sido definido aún, es porque todavía no ha tomado cuerpo. ¿Cómo delimitar los contornos de una aparición insegura y brumosa, que todo lo deja suponer sin afirmar nada?... Es de esperar, sin embargo, que las nuevas generaciones, que como hijas que son de su siglo, tienen una tendencia hacia la exactitud y hacia el método, no prolongarán mucho tiempo esta incertidumbre. El «modernismo», como ciertos grupos electorales sin programa, tiene actualmente la ventaja de que todos puedan identificarlo con lo que apetecen, pero fuerza será decidirse y definirlo al fin.

Manner Uarte



LA PARESSE DES COURBES

Le soleil tourne autour du cirque de collines, et dans la pleine oblongue et verte, ainsi cernée, le printemps bleu des saules et roux des peupliers frôle nonchalamment la Seine, ainsi divine.

Je regarde tourner le jour et la rivière : mon âme éprise et lasse étendrait mes paupières verser l'ombre ou le jour en mes yeux. Mais voici que mon âme enchantée ressent la poésie de s'endormir cernée de courbes ainsi saisie !

PAUL FORT.

“Vida”

El dolor de la vida

Para Apolo.

— Si es una de tantas! — Y mientras colocábame el abrigo, ya dispuesto á salir, aquella mujer posó sobre uno de mis hombros su blanca mano cubierta de sortijas. Luego, mirándome con sus ojos diabólicos, en los que parecían chispear iris ardientes, ofrecióme sus labios rojos y sus senos pálidos, á cuya blancura la luz del gas daba tintes de marfil pulido.

— ¿Te vas?... — Miré con desdén sus ojos, sus senos que descubría el escote, al mismo tiempo que arrojábale algunos billetes.

Sali.

Sentía allá dentro, en la sala del *Restaurant*, como un vaho espeso y sofocante que enardecíame las sienes y me martirizaba el corazón. Sobre todo, repugnábame aquella mujer con su lúbrico abandono y su risa impúdica que penetraba en mis nervios con la agudeza de una aguja. Y hasta sus gruesos labios rojos, imaginábanseme los bordes de un tajo abierto en la carne viva.

Ya fuera, el aire helado disipó mi tedio. Y en la inmensa libertad de la noche callada, sentíme aliviado como de un gran peso, y respiré con delicia. Oh noche silenciosa, cómo en tus tinieblas sueñan envolverse, cual así en una mortaja de seda, aquellas pobres almas que tan temprano se cansaron de vivir!

La brisa nocturna imprimía en mi frente caricia inmaterial. Y el augusto silencio de las co-

sas, evocaba en mí recuerdos muy lejanos, voces muy antiguas que decíanme muy dulces palabras, amores muertos que revivían en mi corazón, como esos viejos sarmientos que reverdecen en los estivales días, entre las grietas de una montaña... Oh, noche!...

Un viento frío, cortante como una daga, pasó agitando las ramas. La Alameda extendíase ante mis ojos, como una larga avenida claustral. Y los focos, casi apagados por la niebla, parecían pupilas empañadas por el llanto.

Encendí un pitillo, y á la luz amarilla del fósforo, ví tras de mí, una sombra. Ah! Sombra que me persigues, que nublás mis dichosas horas, que ahuyentas el desfile de mis sueños de gloria! Dime, ¿qué crimen cometieron mis abuelos, que así te presentas, acusadora y muda?...

Pero, no era una sombra. Tras de mí, silenciosa y cabizbaja, estaba la odiada mujer del *Restaurant*.

— ¡Ah! ¿eres tú? — y detúveme para darle paso. Detúvose también. El viento, al desmeleñar sus cabellos, arrancaba á su boca, á sus senos, penetrantes vahos de heliotropo, y alcohol. Me impacienté:

— Anda! ¿Qué esperas? — Vinieronme deseos brutales de rasgarla, de escarnecerla, como á un perro. Todo el odio, todo el desprecio y el rencor humanos parecía acumularse en mí, y estallar sobre aquella carne blan-

ca y prostituida. Luego, recapacité. Toqué sus manos casi heladas, y con voz profunda la interrogué:

— ¿Qué deseas? ¿Quieres más dinero? — Y puse en sus manos algunas monedas. Ella, con un gesto suave é imperioso, las rechazó.

— No! Basta! — Luego, con voz suplicante, continuó:

— Te suplico quieras acompañarme... allá, á mi casa...

Volví á irritarme. Miréla con fastidio, con asco después.

— Anda, bestia!

Volvió á suplicarme, y su voz era doliente. Sentí en mi interior profunda piedad por aquella pobre mujer latigueada por el vicio.

— Sea.

Y marchamos. Iba-
mos juntos, como dos
sombras. A lo lejos, mis
ojos absortos contem-
plaban la larga fila de
los focos eléctricos, que
formaban en el vacío in-
finitos collares de chis-
pitas de oro, luces si-
métricas de una proce-
sión litúrgica, en ascen-
sión hacia el cielo, como
si las nubes fueran las
escalas que soñó Jacob.
Luego nos perdimos en-
tre los vericuetos de un
camino de suburbio, in-
terminables zig-zages
por calles oscuras, ilu-
minadas á largos trazos
por algunos mecheros á
parafina, cuya luz bri-
llaba sobre el traje de
raso viejo de mi acom-
pañante.

Llegamos. Era aquel
un callejón obscuro,
apestante á estiércol.
Sobre la pared, un can-
dil lagrimeaba esperma
sucia.

Nos detuvimos ante una ven-
tanilla cerrada, por cuyas ren-
dijas asomaba una luz opaca y
triste. Me tomó la mano, condu-
ciéndome, á un extremo del cuar-
to. Luego, callada, rompió al fin
en sollozos, rasgando ante mis
ojos una cortina que ocultaba
una segunda habitación:



LUIS ROBERTO BOZA

— Escúchame... Esperaba que desapareciera tu cólera, para hacerte una súplica...

¡Cosa rara! La voz de aquella mujer, aquel pingajo de carne opulenta que vendiase en el mercado, aplacó por encanto mi cólera, disipando mi incurable hu-
rañez.

— Mira... ¡es hijo mío!

Miré. Con asombro, sobre una mesa de pino, ví el cadáver de un niño, ya esquelético. Las pupilas habíanse hundido y mostraban dos cuencas sombrías y profundas. Y sobre la frente angulosa, caían indóciles, como un último resto de belleza, dos gudejas blondas. Y aquel esqueleto, pálidamente alumbrado por dos cirios que chisporroteaban sobre los candelabros de cobre, vestía un rico traje de terciopelo azul, y sus pies calzaban botinas de charol.

Y la mujer, entre ahogados sollozos, decíame:

— No he tenido dinero para comprarle el ataúd de cristal, ni para un nicho... y he ido al mercado, á vender los restos de mi pasada belleza... Oh, si supieras, amigo mío, la angustia que experimenté cuando ví que te alejabas del *Restaurant*, y no quedaba ya nadie que comprara mis caricias! Pero tú eres bueno y con tu dinero compraré á mi hijo un ataúd y un hoyo en el cementerio...

Miré sus sortijas y ví que eran falsas. Miré su traje de seda, y noté su vejez. Y entonces lo comprendí todo... Oh madres! La podredumbre no alcanza á destruir vuestra inefable blancura!

Brillaba en aquel callejón un sol amarillo, con tintes de anemia, cuando salí á la compra de la caja mortuoria. Y entre los dos, confundiendo nuestros cabellos,

colocamos el cadáver dentro del cajón blanco con tapas de vidrio. Antes de salir, miré el cuarto miserable, de paredes blanqueadas, en cuyas grietas las arañas entretejían sus hamacas de seda. En el medio, tras un marco de terciopelo, ví un retrato. Acerquéme, y contemplé por un momento la arrogante figura de un hombre, en cuyos labios flotaba una sonrisa satisfecha.

Me encojé de hombros. ¡La historia de siempre! La hora de placer furtivo, recayendo como un estigma sobre los hijos inocentes! La tisis, la miseria, la muerte como espectros en el escenario de la vida ¡Y no hay espectadores, sino todos víctimas en esta pantomima humana!

Con la caja en brazos, partimos. Yo mismo, sobre la tierra movediza y arenosa, coloqué una cruz de tablas, y sobre sus brazos escribí un nombre...

Y al separarnos, estrechamos mutuamente nuestras manos frías en silencio.

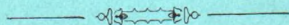
La niebla volvía aparecer. Del cielo gris cayó una lluvia lenta y fina.

Y en tanto, ambos nos internamos en sendas opuestas; luego miré hacia atrás, y ví á aquella mujer caminar doblegada por la vida, y pensé por un momento, en el enorme, en el monstruoso peso del dolor humano.

Subíme el cuello del abrigo; y, para ahuyentar la pena, silbé una canción.

LUIS ROBERTO BOZA.

(Noviembre de 1908. — Santiago de Chile.)



¡Vida!...

Para Apolo.

A ti vengo en mis horas de sed como á una fuente
Límpida, fresca, mansa y torrencial...
Y las punzantes sierpes de fuego mueren siempre
En la corriente blanda y poderosa.

Vengo á ti en mi cansancio, como al umbroso bosque
En cuyos terciopelos profundos la Fatiga
Se aduerme dulcemente con música de brisas,
De pájaros y aguas...
Y del umbroso bosque salgo siempre radiante
Y despierta como un amanecer.

Vengo á tí en mis heridas, como al vaso de bálsamo
En que el Dolor se embriaga hasta morir de olvido...
Y llevo
Selladas mis heridas como las bocas muertas,
Y por tus buenas manos vendadas de delicias.

Cuando el frío me ciñe doloroso sudario,
Lívida vengo á tí,
Como al rincón dorado del hogar,
Como al Hogar universal del Sol!...
Y vuelvo toda en rosas como una primavera,
Arropada en tu fuego.

A ti vengo en mi orgullo,
Como á la torre dúctil,
Como á la torre única
Que me izará sobre las cosas todas!
Sobre la cumbre misma,
Arriscada y creciente,
De mi eterno Capricho!

Para mi vida hambrienta,
Eres la presa única,
Eres la presa eterna!
El olor de tu sangre,
El color de tu sangre
Florece en los picos ávidos de mis águilas.

Vengo á ti en mi deseo,
Como en mil devorantes abismos, toda abierta
El alma incontenible...
Y me lo ofreces todo!...
Los mares misteriosos florecidos en mundos,
Los cielos misteriosos florecidos en astros,

Los astros y los mundos!...
... Y las constelaciones de espíritus suspensas
Entre mundos y astros...
... Y los sueños que viven más allá de los astros,
Más acá de los mundos...



Cómo dejarte — ¡Vida! —
Cómo salir del dulce corazón
Hospitalario y pródigo,
Como una patria fértil? ...
Si para mí la tierra,
Si para mí el espacio
¡Todos! son los que abarca
El horizonte puro de tus brazos!...
... ¡Si para mí tu más allá es la Muerte!...

DELMIRA AGUSTINI.

—❧—

Cuadro

Al Dr. Don Francisco Socca.

Se libró la batalla ferozmente.
Ha llegado la noche, y con cautela,
Tras el muro de una alta ciudadela
Un ejército acampa, lentamente.

De la guardia apostada en la pendiente,
Que el descansar del campamento vela,
Sobre un montón de paja, un centinela,
Rendido, se durmió profundamente.

Y en ese estado de sopor profundo,
Soñó que él era Emperador del Mundo;
Y luego, al despertar de su desmayo,

Vió con hondo terror y con asombro,
Que haciendo guardia y con el arma al hombro
Napoleón lo miraba de soslayo!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

De Lutecia

Quisiera yo, al hablar de ese admirable espíritu de artista que se llama Pedro César Dominici, tener á mi guisa salud y tiempo para consagrarle un amplio estudio, vedado hoy para mí que, enfermo y misántropo, tengo el ánimo antes propenso á la acerba censura que al entusiasta aplauso. Y sólo entre aplausos puede pronunciarse el nombre de Dominici, que ha encumbrado el prestigio mental de nuestra América, equiparando á los ojos de la crítica el *Dionysos* con la *Afrodita*, esa *Salambô* coetánea.

Paréceme —detalmanera han arraigado en mí la estimación profunda y el admirar devoto — que basta enunciar el nombre de Dominici para que el lector so-

juzgado admita sin réplica, antes mejor con adquiescencia, la juteza del encomio. Porque no es posible concebir que quien ha cincelado las eurítmicas páginas de *El Triunfo del Ideal* y de *La Tristeza Voluptuosa* se haga reo, en materia de arte, de falta ó delito capaces de justificar la censura ó el reproche. Así, *De Lutecia* está en su propio lugar en esa trilogía encantadora, sin nexo aparente con ellas y siendo

su lógica continuación, encuadrando de notable manera con *Ideas é Impresiones*, si bien en *De Lutecia* hallamos un encanto indefinible que le asegura sobre su antecesor cierta superioridad.

Estudios literarios, siluetas, notas musicales, impresiones, crítica teatral, crónicas, esbozos de honda crítica literaria: todo eso en adorable mezcla contiene el volumen; en cada nota palpita la profunda unción de un artista y

la precisa visión del analizador. Tal conjunción vale decir que ofrece galas al árido raciocinio y contiene el desbordamiento de la fantasía encuadrando uno y otra, sin predominio de ninguno de ellos en un equilibrio absoluto que logra enseñar y cautivar tanto con lo que



PEDRO CÉSAR DOMINICI

se dice como por la manera misma en que lo dice.

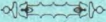
En el escorzo de «la Influencia de Ibsen» se advierte un cúmulo tal de ciencia y de cultura sin alardes ni empalagosas citas, que bastaría por sí solo para hacer justo cuanto elogio se ha prodigado á la reciente cuanto famosa obra de Dominici. Las cuatro páginas dedicadas á Ibsen, son exponente exactísimo del grado en que Dominici posee una

de las cualidades más envidiables para el escritor moderno: el talento sintético. Expresar en una página, clara y bellamente lo que exigiría á otro un capítulo ó un libro, es un éxito cada vez más valioso, ya que la actividad de la vida moderna lejos de aquietarse, cada vez se acrecienta más. Sobre las bellezas se forma, la novedad, amplitud y nobleza de los pensamientos, resalta en los capítulos *De Lutecia* esa preciada circunstancia. Sintéticos, ponderados, los múltiples estudios que el libro encierra descubren nuevos aspectos en la ajena labor y avaloran la de Dominici en grado sumo.

—
De Lutecia es un libro en que

aparece fielmente transcripta la mentalidad parisiense (valga decir la mentalidad europea). Sus páginas son no solamente deliciosas *causeries* para el artista ó el profano, sino que el crítico profesional hallará en ellas orientaciones saludables, puntos de vista nuevos y, en suma, la ratificación de un concepto ya sentido: que es su autor uno de los más aventajados escritores de América, que con Vargas Vila, Gómez Jaime, Díaz Romero, Pichardo, Nervo y Ugarte han logrado despertar las más vivas simpatías de Europa, haciéndolas converger hacia nuestra América, la pujante y gloriosa América latina.

ARTURO DE CARRICARTE.



Psiquis profana

(Balada Uruguaya)

Para Apolo.

Esa vez hasta un sitio más lejano
Sus correrías extendió el paisano,

Y una Venus halló, que al aire entrega
Las maravillas de su forma griega.

Para verla mejor, del potro ardiente
La carrera sujeta diestramente;

A cada rasgo, á cada real turgencia
Late su corazón con más violencia.

El sombrero se cala hasta los ojos,
En su morena piel los labios rojos

Llamean de malicia y de contento
Y su melena ondea el manso viento.

Con voz á un tiempo tímida y pausada
«Diga, niña gentil, no tiene nada

Para abrigarse en este crudo día?»
Le dice, Venus queda muda y fría.

Él poco á poco su caballo acerca:
«Sos muy bonita, pero sos muy terca!»

Agrega; luego con su mano toca
La carne blanca, dura cual la roca...

Entonces sobre el cuerpo albo y desnudo
Piadosamente tiende el poncho rudo,

Y Venus ríe su divina risa
Mientras huye el corcel á toda prisa.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.



Angelus

Para APOLLO.

Cuando suena la campana de la torre de la ermita,
y en el aire su cadencia, dilatándose, palpita,
mientras muere en la penumbra la postrera vibración,
en el alma silenciosa mis tristezas se dan cita,
y como aves solitarias atraviesan la infinita
y monótona planicie de mi audaz meditación.

Van sin rumbo, floja el ala, desvariando y sin anhelo
por la sombra entumecida de mi negro desconsuelo
en que no escintilan astros que se expandan en su luz;
acallando sus nostalgias, sin osar mirar al cielo,
cual se sangra las rodillas prosternándose en el suelo
el creyente que se abate para orar ante la cruz.

Y así marchan, taciturnas como el triste peregrino
que atraviesa, ensimismado, por las zarzas del camino,
siempre solo, siempre errante, siempre á fuerza de sentir...
reteniendo en la pupila la visión de algo divino,
rumbo al lóbrego misterio que se oculta en el destino,
tras la incierta lontananza del oscuro porvenir.

JOSÉ VIAÑA.

Tempestad

Del libro, no publicado aún, "Cuentos Ingenuos"

Para APOLO

« Voy con María. Esperanos.
— Octavio ».

Octavio R..., el escritor neurótico de palabra helada, era mi amigo de la infancia; y María, su mujer, era mi querida.

Octavio estaba medio loco. Por su modo extraño de sentir y por su modo extraño de adorar la belleza pagana de su esposa.

Un escéptico que creía en todo.

Cuando llegó el exprés y vi á María en un reservado, corrí á saludarlos; pero ella, abriendo la portezuela y separándose para mostrarme el fondo, dijo desoladamente:

Allí venía él.

— ¡ Octavio !

— Muerto; — respondió tan bajo y tan secamente que apenas la oí.

Luego, sin derramar una lágrima, saltó al andén, me suplicó silencio, indicó por señas á un mozo que nos siguiera con el equipaje, entre cuyos objetos reconocí el sombrero de mi amigo, y nos dirigimos al hotel á la carrera del ómnibus.

En cuanto estuvimos solos en un gabinete, cuyo balcón daba á la playa, sepultó María la cara entre los brazos y lloró mucho. Yo, abrumado en la butaca, cerca de la suya, lanzaba la vista idíoticamente á la inmensa curva donde se unían el mar y el cielo; éste encapotado de gruesas y blancas nubes, aquél tranquilo y de un fuerte azul plomizo, sin un vapor, sin una vela, en su vasta y comba superficie.

No osaba mirarla. ¿ Qué cuentas iba á darme aquella histérica de la muerte de su marido ?

Al fin pudo hablar y dijo estrechando mi mano entre las suyas, blandas y calientes como las de un niño :

— Cogió tu carta. Tu última carta que yo guardaba en el pecho. Me la cogió dormida... y se mató. Nunca me había amado tanto como en este viaje. Mi amor y la tormenta horrible de esta noche, produjeron en su alma efectos espantosos. ¡ Oh era preciso haberle visto !

— ¿ Y dónde está ? Me atreví á preguntar.

— ¡ Allí ! -- dijo la joven señalando el Océano.

Durante algunos segundos ví los dedos de la pobre mujer temblando sobre el pañolito que llevó á los ojos. Las comisuras de su boca saltaban en nerviosas convulsiones.

Cuando logró serenarse, habló así, con voz cansada, de apacible y grata monotonía :

— Ignoro si influí decisivamente en el destino de Octavio ó si fui nada más la fútil ocasión del raptó que le arrancó la vida; carga para él, de todo cansado y hasta de sí propio. Tú sabes cómo me quería. Con desesperaciones que me daban miedo, con exaltaciones insensatas. Cuando ayer tomamos el tren estaba alegre, expansivo, contento de vivir, como pocas veces. Nadie debía acompañarnos, él y yo solos, en un reservado. Habló mucho todo el día, y á poder haberse escrito

cuanto me dijo, sería sin duda lo más hermoso de todo lo que jamás pasará por su imaginación. El era feliz, y yo ¿á qué negártelo? contagiada de aquella eterna sonrisa de ventura que jugaba en sus labios, también lo era. ¡También feliz, muy feliz!...

Al anochecer, después que comimos en el *restaurant* de la estación más alta de la cordillera, paseamos un rato. El paisaje solitario é inmenso nos parecía hecho para el éxtasis de nuestra dicha.

Todo nos movía á la ternura. Y como si la máquina, que nos habia arrastrado á tantos deleites, pudiera entender nuestra gratitud, la miramos juntos, con su negra mole finamente fileteada de reflejos de luna, encendidas ya en sus topes las farolas blanca y roja. Estábamos delante de ella, escondidos del andén por los chorros de vapor de sus grifos, cuyas nubes nos rodearon como en apoteosis de amor, cuando la campana anunció la marcha. No sé por qué me pareció que Octavio, abrazado á mí, hubiera querido permanecer en los rails...

Recuerda que una de sus máximas era ésta: *no se debe morir acosado por la vida, sino despreciándola, en plena felicidad.*

Subimos al reservado. De nuevo el tren empezó á correr en la soledad de las montañas, huyendo por la cinta que cortaba sus laderas. Yo iba junto á la ventanilla, abierta para respirar el fresco, y Octavio á mi lado, rodeándome el cuello con el brazo, murmurando á mi oído, que rozaban sus labios, dulcísimas palabras. La pantalla de la lámpara obscurecía el interior del coche. Estaba la noche espléndida. La luna, que parecía más alta sobre

la enorme profundidad del valle, vertía su luz tranquila sobre los pinares de la sierra, y arrojaba sobre los desmontes la sombra del tren, que corría despeñado cuesta abajo.

Sentía la cara de Octavio rozando con la mía en los bamboleos de la marcha. Sus manos acariciaban mi cabello y mi garganta. Perdí la conciencia y no sé cuánto nos duró aquel mareo de ventura; pero creo que más de una vez nos alumbraron las linternas de pequeñas estaciones cruzando á escape, y sólo recuerdo que ya no veía la luna en las sombras del cielo, cuando, al fin, reclinada en el hombro de Octavio, que besaba todavía el cabello de mi frente, me fui quedando dormida entre la presión suave de sus brazos, llena el alma de celeste paz, sin temores, sin memoria, sin más vida que la de aquel momento y la de aquel estrecho espacio del carruaje, blando, solo, nuestro como un nido del amor, trepidando siempre y envuelto en el estruendo de la carrera del tren, por la solitaria noche.

Una luz blanca, intensísima, rápida, que me hirió dormida, me hizo despertar en la obscuridad para escuchar un estrépito formidable.

Es decir, la obscuridad no era á mi alrededor completa; el farolillo del coche, aunque tapado por la pantalla azul, permitía ver las cosas esfumadas. Octavio no estaba junto á mí.

La luz eléctrica de un relámpago volvió á iluminarlo todo. Entonces vi á Octavio al otro extremo, tirado sobre su asiento, con el hermoso cabello negro levantado en rizados por el vendaval y mirando por las abiertas

ventanillas el horror de los cielos... Un nuevo relámpago, tan grande que me hizo exclamar un ¡Dios me valga! dibujó y me mostró en los labios de mi marido una sonrisa diabólica. Sus ojos habían mirado fijamente la nube negra que se rayó de fuego; y cuando un trueno pavoroso estalló seco sobre nuestras mismas cabezas, él, mi Octavio, con una serenidad inconcebible, con una satisfacción parecida á la del escenógrafo que oye los bravos para sus decoraciones, me obligó á ocupar otra ventana, sacó un brazo fuera y dijo:

— ¡Esto sí que es grande!
¡Esto es inmenso!

Podría jurar que un rayo cayó sobre los hilos del telégrafo. Temblé. Él sonrió otra vez.

— ¡Qué hermosa á esta luz! — me dijo, y el trueno ahogó sus palabras.

Caía la lluvia en gotas gruesas como una granizada de balas. El huracán rugía con incesante rabia. El tren, en dirección opuesta al viento, volaba á toda máquina por una curva, silbando y lanzando espumarajos de vapor; de modo tan intenso resplandecían los relámpagos, que pude ver netamente sobre el negro rodaje de la locomotora, la biela y la manibela, limpias y brillantes, moviéndose con el vaivén furioso de los brazos de un loco.

— ¡El mar ¡El Océano! — gritó Octavio de improviso, queriendo sobreponer la satánica alegría de su voz al trueno que inundó los espacios.

Y en efecto, otro relámpago habíanos descubierto el mar por entre un desfiladero de rocas. Diríase que la máquina marchaba despeñada hacia él, con su temblorosa cadena de carruajes y sus ruidos de metal.

No sé qué temor me invadió y me estreché á Octavio. Pero al cogerle la mano tropecé con un papel que me hizo retroceder.

Era tu carta. Súbitamente comprendí que su mano, guiada á mi corazón por el cariño, la encontró mientras yo dormía. Y comprendí también con espanto la tempestad que en competencia con la del cielo hubiera provocado en su alma. El terror me helaba.

Al fatídico serpear de una centella que incendió los aires, vi que el tren comenzaba á salvar sobre el mar un ángulo de la costa por un puente colgante. Las olas se estrellaban allá abajo contra las peñas, deshaciéndose en espuma; el huracán, metiéndose en las concavidades de granito, arrancaba un bramido continuo, monótono en sus cambios; las nubes se abrían incesantemente despidiendo fuego sobre el mar; y el trueno retumbaba cada vez más potente, como creciendo en su grandeza. Y el tren, entre la obscuridad y la luz, entre el viento y la lluvia, seguía y seguía, haciendo retemblar la férrea trabazón del puente con su carrera sin freno y sus resoplidos de monstruo, envuelto en lumbre y vapor.

¡Un relámpago!... ¡Otro!... ¡Ah! de pronto ábrese la portezuela, Octavio arrójase por lo alto de la barandilla del puente, y... ¡sí, Dios mío, al tercer relámpago, un momento antes de chocar su cuerpo allá abajo con los escollos y ser arrebatado por las olas, me pareció ver que el insensato sonreía!... ¡Al mar!

Yo caí rodando por la alfombra del reservado...

FELIPE TRIGO.

Madrid.

Página artística

Por Guillermo Laborde



Guillermo Laborde es todo un temperamento de artista que se ha revelado recientemente con su CANTO A LA PRIMAVERA, trabajo á pluma de una rara exquisitez, que acusa grandes condiciones para conquistar el triunfo.

¡Lástima que nuestro medio ambiente sea tan hostil á las manifestaciones artísticas!

Pero, ¡no importa! Con perseverancia y voluntad Laborde triunfará.

Retrospectiva

I

Tú sabes que envolvieron mis resabios
En una onda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladitas voces.

Tú sabes hoy por qué tremó en tu mano,
Como en un lirio hermético, la mía
Siempre lánguida, y sabes por qué, ufano,
Miré en tus ojos de madona un día.

¿Recuerdas? ¡Cómo palpitaba el domo
Que en tus cabellos el amor presume;
Al suave aliento de una brisa como
Primaveral cuyo era tu perfume!

Tal un patio andaluz tu luminosa
Mansión poblada de claveles era;
Claveles blancos: comunión gloriosa;
Claveles rojos: deslumbrante hoguera.

Bajo el antiguo capitel sembrado
De acantos, una pléyade de egregios
Pájaros de plumaje matizado,
Junto á nos desgranaba sus arpegios;

En tiesto de ocre, y coronando el muro
De tu ventana abierta,
Una gardenia impúber al conjuro
Del sol abría su corola incierta;

Raras evanescencias de celaje
Eran en el ázur que parecía
Eco de luz de matinal paisaje
Miosotisado y pleno de armonía,

Y un pomo de fragancias exquisitas
Se derramaba en el ambiente y era
El divino cauterio de mis cuitas
Evocado otra vez por mi quimera.

Era un día de gracias infinitas,
Y como ahora, me dijiste: ¡espera!

II

¡Oh, mi enlutada de los ojos tiernos!
Era en tu corazón una hoja blanca,
Y lloraron sobre ella mis inviernos
Y mi dolor y mi exigencia franca.

¡Oh, mi enlutada de las frases llenas
De ternura y unción! Era en tu seno
Un columpio de castas azucenas,
Y me incliné sobre él, callado y bueno.

Tu tristeza y la mía eran hermanas;
Tu soberbio carácter era el mío;
Dulces tus confidencias y lejanas ...
¡Así su arrullo mitigó mi hastío!

.....
.....

Y nos amamos en silencio en tanto
Yo meditaba, conmovido y grave:
Esta mujer es toda ella un canto;
¿Llegué á su virgen corazón? ¡Quién sabe!

III

¡Quién sabe!... No solloces
Que todavía envuelven mis resabios
En una onda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladas voces.

PÉREZ Y CURIS.

Revelación

Para APOLO.

Esa voz poderosa que se anida
en la enorme amplitud de los silencios
habló á mi corazón con la eficacia
que anima la virtud del sortilegio,
en la noche estival, plena de luna,
trémula y delirante de misterio.

Dijo á mi corazón una palabra
y le dió la videncia de los sueños,
y al helado brocal de un hondo abismo
pasó el alma entre vértigos y vértigos
á mirar en un limbo extraterrestre
á mis hermanos, los que no nacieron.

Sus rostros inconscientes sonreían
con sonrisa espectral que infunde miedo,
y sus bocas exangües sin moverse
una frase fantástica dijeron,
una frase que vaga en mis oídos
como roja libélula de fuego
que marcara una senda de torturas
hacia las vaguedades del anhelo.

...Y fué para mis ojos todo el llanto,
para mi corazón todo el acerbo
dolor de los viacrucis, y las hieles
para mi labio estéril y sediento.
El rigor asfixiante del estío
para mí, y el rigor de los inviernos;
las garras traicioneras á mi carne
y sobre mis heridas el veneno...

Mas cesaron mis quejas. Desde el limbo
de donde mana en ondas de misterio
la fuente de la vida, vino un astro
á iluminar el torvo pensamiento:

á través del camino, en las angustias
que fatigan mi alma, pasa envuelto
el dolor que la vida preparaba
á mis hermanos, los que no nacieron.

LUIS TABLANCA.

Ocaña, Colombia.



LUIS TABLANCA

A Delmira Agustini

Lucubraciones

... Porque el canto de sus elegias es dulce; por
que vibra y canta y llora como un arpa, y porque
es toda ella una revelación...

Te llamas con un nombre de querube, y
eres — ¡oh, seguramente! — el espíritu de
mujer más inconforme y más elevado que
mora sobre la tierra de los vivos. Tu alma
debe de ser como un loto; debe de ser

como una letanía; debe de ser como un ce-
laje, uno de esos celajes que van tras las
lumbraradas crepusculares, unas veces
como pomposos plumones de tocador, otras
fingiendo un corderillo de regalia...

¿De dónde llegaste á la vida, lejana amiga gentil? ¿Qué dulzura eucarística, ó qué suprema delectación hace que sea tu canto un trino de alondra, más enamorada de una *equis*, que maravillada de un mudo lucero vespertino? ¿Acaso volcaste tu copa amarga y cruel como la del ateniense y exteriorizaste luego la más ustoria, la más apasionada de las sonrisas? ¿O vas bajo el dolor, intocada, como bajo un palio, despidiendo aromas y ofreciendo flores? No lo sé; pero debes ser todo lo que yo he pensado que eres; todo lo que — desde que sé de tu alma — he querido que seas: incomprendida, por lo sutil.

Dijiste en una vibración... «Hoy partió hacia la noche, triste y fría, — Rotas las alas mi melancolía; — Como una vieja mancha de dolor — En la sombra lejana se deslíe... — Mi vida toda canta, besa, ríe! — Mi vida toda es una boca en flor!» Y esos versos dejaron en mi alma un dolor

horrible, una incurable nostalgia. Dolor de tumba olvidada; nostalgia de aguas estancadas, de estrellas adormecidas sobre el crepón de la noche, como la memoria de un muerto mil veces querido, sobre el vórtico crepón de un catafalco...

Tu libro es blanco ó debe de serlo — ¡oh poetisa dolida! — y haces bien en llamarlo blanco, porque sus páginas son, seguro, pétalos de jazmines impolutos. En ellas está tu estrofa, que es la más alta, la más serena reflexión de tu alma, de tu enorme alma quejumbrosa, que se abre al dolor como estas rosas (estoy en una terraza), á la humedad religiosa de esta tarde de Septiembre, en que algo vago como un presentimiento está en todo mi ser, y acaso por ello te memoro, y torturo en tu loa esta flor mía — roja y esponjada de primavera — que en tu *toilette* de melancolía debe fingir una estocada...

ANDRÉS CESTENA.

Barranquilla de Colombia, Septiembre de 1908.

De Amado Nervo

La poesía con que engalanamos esta página nos ha sido enviada por su autor, desde Madrid, con una amable carta que agradecemos.

PAPÁ ENERO ha sido publicada ya en «El Cojo Ilustrado» de Caracas, pero para la mayoría de nuestros lectores es aun desconocida.

Papá Enero

Papá Enero que tienes tratos con los hielos y con las nieves (y que sin embargo remueves el celo ardiente de los gatos,)

guarda en tu frío protector el cuerpo y el alma en flor de mi niña de ojos azules, (en cuyas ropas y baúles hay castidades de alcanfor.)

Mantén sus ímpetus esclavos, mantén heladas sus entrañas, (como los *fiords* escandinavos en su anfiteatro de montañas.)

Pon en su frente de azahares y en su mirar hondo y divino, remotos brillos estelares, quietud augusta de glaciares y claridad de lago alpino.

Amado Nervo

A UN LAUREL

Para Apolo.

Laurel que abres al viento
tu enorme parasol
¿para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios?
¿Qué fondos sondearás con tus raíces?
¿Hasta dónde tu fuerza penetró?
¿Qué savias y resinas
absorbe tu secreta gestación?
¿Qué pudridero le dará el esmalte
á tu verde color?
¿Acaso pagas en silencio al humus,
el terso lustre que á tus ojos dió?

¿Para qué vives, árbol?
Como una vida, ¿para un triste adiós?
¿Quién del fibroso arcano
la esfinge interrogó?
¿Cuál es sobre la tierra
tu secular misión?
¿Serás horeca de un Judas
ó cruz de un Redentor?
¿Rama para corona
ó trozo de carbón?
¿Símbolo de la Fama?
¿Símbolo del Dolor?
¿Lo inmortal?
¿La extinción?...

Tu ramaje sombroso,
¿acaso cobijó
Al ser libre que canta su victoria
ó al esclavo que gime su baldón?
¿Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios.
En la tierra, ¿soporte?
En el agua ¿galeón?
¿Serás lanza de cuna?
camastro de dolor?
lecho de enamorados?
de féretro, tablón?
armonium para el músico del Viento?
glaucos paleta del artista Sol?
¿Cual tu existencia múltiple
el poeta admiró!
encaje tamizado por la luna;
de pájaros, balcón;
filtro del agua de los cielos; sombra
del cansado andador;
agasajo del aura y del rocío;
ira de rayo, furia de ciclón...

¿Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios?
¿Para un Apolo que arrancara un lauro
ó un Radamés que vuelva triunfador?

Habana, Septiembre 1908.

Al doctor Orestes Ferrara.

Palio de peregrino;
bélico pabellón;
tienda de liviandades;
dosel de errante amor;
techo de vagabundos;
— toldo que fué una noche de los dos; —
de rumorosos nidos,
alada floración;
¿dependerá tu suerte
de rudo leñador?
¿serás astilla inútil?
¿asta de gonfalón?
¿polvo para tisana?
de condimento flor?
abono de sembrado?
pica de rebelión?
asiento de suplicio?
ó grada de señor?
¿Qué contrastes, el tiempo
á tu ser reservó?
¿Serás altar ó radio
de otra rueda de Ixión?
¿Para cuántos destinos
te hizo el germen ó Dios?
¿Qué misteriosa estrella
tus días alumbró?

A veces tiembles como nervio humano;
al sentir de los aires el furor,
ó pareces estar quieto y sombrío
en muda reflexión...

¿Qué signo añade tu redonda copa
al genio Creador?
¿Es letra del espacio
tu esmeraldina O?
Vulgar como una vida,
¿no más que polvo dejará tu adiós?...

En mis horas de ensueño ó de fatiga,
hacia tu campo voy,
tienda de enamorados,
— toldo que fué una noche de los dos, —
filtro del agua de los cielos, sombra
del cansado andador...!

¿Laurel: á los poetas
se iguala tu misión!
¿Tu vida se asemeja
al laurel, trovador!
Sois ramas de corona,
ó trozos de carbón.
¿Símbolos de la Fama!
¿Símbolos del Dolor!
¿Lo Inmortal!
¿La Extinción!...

MANUEL S. PICHARDO.

De Colombia

Pocas ciudades de América conservan tantos recuerdos históricos como Bogotá. Y en pocas se siente, como allí, un grande apego á los usos y costumbres de las pasadas generaciones. La vida

Las vistas que reproducimos en estas páginas, y que nos han sido enviadas por Alberto Sánchez, el exquisito poeta bogotano, ilustrarán al lector más que nuestras palabras.



Bogotá — Parque del Centenario

de Bogotá es, por decirlo así, *primitiva y rutinaria*; tiene un dejo de leyenda heroica, como un símbolo auténtico de la época de la conquista.

Destácanse entre ellas las del antiguo convento de San Diego en donde se hizo fraile el Virrey Solís, una de las figuras más interesantes de la Época colonial.

Dicho convento es una verdadera reliquia histórica; su edificio permanece aún como en aquellos tiempos. Han transcurrido dos siglos y en el alma colombiana todavía perdura el recuerdo del Virrey que lo hizo célebre tomando en él los hábitos monacales.

sante en la Colonia que la de este joven Virrey lleno de excepcionales condiciones.

Parécenos que su gentil cabeza tiene el nimbo atractivo del misterio y que las leyendas fluctúan en torno de él enamoradas de su vida extraña y ansiosas de asirse á los pliegues de su capa corta



Bogotá — Convento de San Diego, visto desde el parque del Centenario

¡Extraordinaria figura la de ese personaje bonachón y alegre y lleno de hermosas iniciativas!

A propósito de él dice la escritora Herminia Gómez Jaime de Abadía en su libro *LEYENDAS Y NOTAS HISTÓRICAS*:

«Ninguna figura más intere-

de terciopelo, de la empuñadura de oro de su espada, de su jubón acuchillado de raso, ó su elegante chambergo de desmayadas plumas, que completaba airoso esa especie de caballero medioeval.

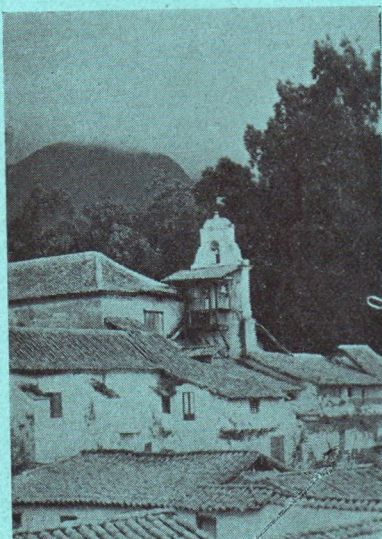
Antes de venir á Santafé don José Solís ya era Mariscal de



Bogotá — Antiguo Convento de San Diego

campo de los reales Ejércitos, á pesar de su juventud, y ya también numerosas aventuras hijas de su ardiente carácter habían llevado el alarma á su poderosa familia; fué este el motivo por el cual los Duques de Montellano interpusieron su influencia en la Corte para enviar á su hijo por un tiempo á las colonias, esperando en que la grave responsabilidad del puesto que le daban y la separación de sus amigos, calmaran su tempestuoso corazón.

De modales exquisitos y atractiva figura, el nuevo Virrey im-



Bogotá — Antiguo Convento de San Diego,
en donde se hizo fraile el Virrey Solís

partía la justicia con equidad completa y oía con afabilidad al más infeliz que se le dirigiera.

Dedicó su atención á las mejoras materiales y llevó á cabo algunas de importancia: empero, si no desatendía los cuidados del Gobierno, tampoco faltaba á las citas que con los amigos de juventud concertaba alegremente. A poco tiempo de hallarse en Santafé, tenía un círculo de diver-

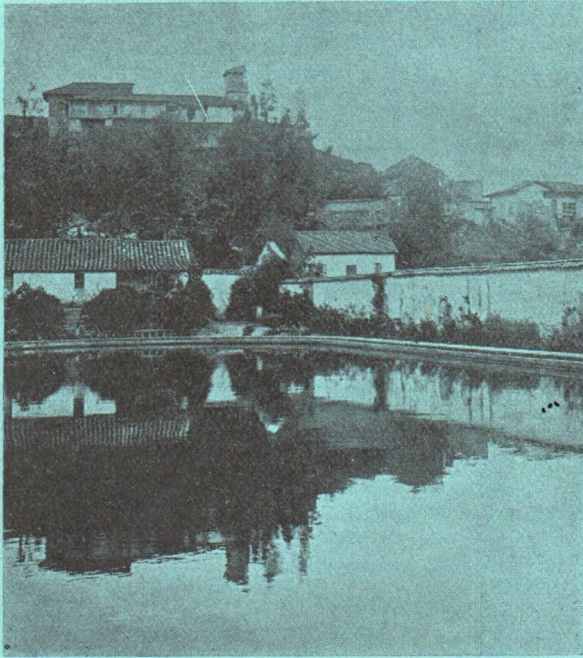
sión y relaciones muy poco convenientes para su alto puesto».

«Se dedicó á la apertura de caminos, y como encontrara gran-

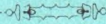
des tropiezos, dejó escrito en su relación de mando: «En esta tierra nada se puede hacer, porque las gentes quieren obtener las cosas sin trabajo».

Llevó á cabo la obra del acueducto, lo cual fué una gran mejora para Santafé ».

.
.



Bogotá — Depósito del Acueducto



Solís

Para APOLO.

Señor de alto linaje y gallarda figura,
á las damas dió besos y ofreció madrigales;
apuró sin reserva sus goces virreinales
tan bordados con oro como su vestidura.

Fué noctámbulo: iba de una en otra aventura
con hembras placenteras y por los arrabales;
pareciéronle un día sus pecados mortales
y al convento fué en busca de una vida más pura.

En procesión nocturna, su rosario en la diestra,
cantó jaculatorias en obsequio de Nuestra
Señora de la Luz.

Le retrataron muerto: los pies muy amarillos,
la cabeza rapada sobre un par de ladrillos
y las manos en cruz.

Bogotá.

ALBERTO SÁNCHEZ.

De "Los Parques Abandonados"

La Liga

Para Apolo.

«Honi soit qui mal'y pense»...

Husmeaba el sol, desde la pulera hebilla
de tu botina, un paraíso blanco...
y en bramas de felino, sobre el banco,
hinchóse el tornasol de tu sombrilla.

Columpióse, al vaivén de mi rodilla,
la estética nerviosa de tu flanco,
y se exhaló de tu vestido un franco
efluvio de alhucema y de vainilla.

Entre la fuente de pluviosas hebras,
diluía cambiantes de culebras
la tarde... Tu mirada se hizo muda

al erótico ritmo, — y desde el pardo
plinto, — un Tritón significó su dardo,
concupiscente, hacia tu liga cruda!...

Azul

Hurí de gemas en moderna posa,
— peinado de alas, floreciendo finas
sedas de Holanda y blondas bizantinas —
eras sonrisa y astro y mariposa...

El campo te acogió con olorosa
languidez y en la tela vespertina,
se ilusionaron para tu retina
vagos Alhambras de heliotropo y rosa...

A las postreras rielaciones broncees
del sol, te amé por vez primera: Entonces
temblamos en la unción de aquel poniente

como dos niños, bajo el olmo espeso,
á punto que en la hostia de tu beso
se alzó mi alma, luminosamente!...

Oleo Brillante

Fundióse el día en mortecinos lampos
y el mar y la ribera y las aristas
del monte se cuajaron de amatistas,
de carbunclos y raros crisolampos.

Negó la luna y un billón de ampos
alucinó las caprichosas vistas
y embargaba tus ojos idealistas
el divino silencio de los campos...

Como un exótico abanico de oro,
cerró la tarde en el pinar sonoro...
Sobre tus senos, á mi abrazo impuro,

ajáronse tus blondas y tus cintas,
y erró á lo lejos un rumor obscuro
de carros, por el lado de las quintas!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Andaluza

Para APOLO.

Andaluza que estás en la reja
Esperando al poeta que amas:
¡A tu frente de luna haré un nimbo
Con besos de fuego, con besos de llamas!

Andaluza que tienes la sangre
De la ardiente, gentil africana:
¡En mis horas de loco delirio
Dejaré en tus brazos mi pena y mis ansias!

Andaluza que tienes la noche
En tu cabellera de bucles ornada,
¡En tus brazos morenos yo quiero
Ahogar esta fiebre de amor que me exalta!

Andaluza de ojazos más negros
Que la pena que hiere y que mata:
¡A tu lado se trueca en dulzura
La pasión que mis venas inflama!

Andaluza, gentil compañera,
Andaluza, mi Musa, mi amada:
¡En un beso te he dado mi vida!
¡En un beso de mieles y llamas!

EDUARDO DE ORY.

Cádiz, 1908.



EDUARDO DE ORY

Él... no quiere

Para Felipe Trigo.

— Permanece levantada?

— Sí... Sabía que usted vendría y no quiso acostarse...

— Fué violento entonces el ataque?

— Yo jamás la ví en ese estado... Le juro que creí que se moría...

— Pobre Maruja...! Tanto que sufre por mi culpa!

Eufrasio se llevó ambas manos á la cabeza y permaneció así largo rato. En la casa imperaba un silencio religioso. Matilde, contagiada por el dolor que abismaba á Eufrasio, permanecía muda, sin atreverse á desplegar los labios.

— Cuénteme... cuénteme, prosiguió Eufrasio levantando y sacudiendo penosamente la cabeza. Usted sabe el interés que me despierta todo lo que se refiere á Maruja...

— No podría ser de otra manera, — murmuró Matilde lanzando un profundo suspiro. — Pocas mujeres encontrará que lo quieran tanto como ella...

— Sí, sé que me quiere mucho... Espero que su estado no sea muy grave y que nuestro cariño podrá restituírle la calma y la alegría que le faltan.

— Está tan delicada...

— Con el ataque de esta tarde no puede ser... Algo debe haberle ocurrido antes, para que usted se exprese así.

Eufrasio, con mirar anheloso trataba de inquirir en el rostro de Matilde un signo revelador sobre el estado de Maruja...

— Usted se muestra demasiado reservada y yo no merezco que sea así conmigo, — prosiguió Eufrasio. Si algo grave ocu-

rrió antes de ahora, confíesemelo sin temores... Le estaré agradecido...

— Es que Maruja se oponía siempre — contestó Matilde — Si su estado de salud no hubiera tomado un cariz tan pésimo desde anoche, á la fecha usted aun ignoraría todo... Quizás esté cometiendo una grave falta al quebrantar el propósito jurado á la pobre amiga enferma, pero usted comprenderá que son inmensas las responsabilidades que sobre mi conciencia pesan en el caso que llegara á empeorarse... Ha venido á mi casa á gozar de mis cuidados y de mi cariño, y no quiero que una reserva que en este caso no podría justificarse, trajera consecuencias fatales.

— Tiene razón Matilde... Yo soy demasiado injusto... No sé cómo recompensar los inmensos sacrificios que se impone por aliviarla del peso de su negro infortunio...

Enmudecieron nuevamente. Eufrasio, profundamente conmovido, no pudo contener dos gruesas lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Ningún rumor callejero venía á turbar el silencio que imperaba en la habitación. Ante el dolor de aquel hombre que se creía culpable de toda la gravedad de su prometida, la vida parecía haber contenido su armonioso ritmo.

— Hace una semana que permanece bajo la influencia de un temor sobrenatural — dijo Matilde rompiendo el silencio, mientras miraba los ojos colmados de lágrimas de Eufrasio. — Padece de continuos sobresaltos, y cuan-

do le dirijo la palabra en uno de esos instantes, parece no entenderme... Muchas ocasiones me fuerza á repetirle cuatro ó cinco veces una misma pregunta, hasta lograr que me responda, pero entonces lo hace casi con espanto, como si dormida despertara bruscamente de un mundo de cavilaciones misteriosas... Anoche, por ejemplo, permaneció en la azotea durante dos horas..., en plena abstracción. La llamé, temiendo que el frío de la noche le hiciera daño, pues estaba con una batita de verano, de tela muy delgada, y no prestó atención á mi llamado... Recurrí á toda suerte de argumentos para inducir la á descender y no logré mi objeto... Al fin, cuando ella quiso, descendió, encaminándose cautelosamente á su habitación, donde yo ya la esperaba para reconvenirla por su actitud desobediente... Clavó en mi rostro una mirada de extravío, y luego, con una extraña sonrisa que heló la sangre en mis venas, me dijo que había estado hablando en el hueco de la escalera con su hermano Juan; que lo había visto y besado, y que le había recomendado no sé qué cosas disparatadas... Tenía los ojos muy abiertos y saltados de las órbitas, y en ellos una expresión de demencia que aterraba... Luego, en una transición rápida, me acarició el rostro y con una inflexión de voz de desconocida ternura, me habló de usted... ¡Cuánto lo quiere!... ¡Dice que Juan también lo quiere mucho!... Yo me asusté al verla en ese estado y deseaba que usted viniera para comunicárselo... Temo que esas visiones que la trastornan, vuelvan á repetirse hoy, mañana, pasado... ¡La pobre Maruja, tan

buen a y afable, el día menos pensado se vuelve loca!

— Y usted no trató de persuadirla, de demostrarle que su hermano Juan no puede aparecersele? — interrumpió Eufasio con marcado espanto.

— Sí; me aventuré á poner en duda sus palabras, pero más valiera que no lo hubiera hecho... Después de condenar agriamente mi desconfianza, prorrumpió en tan copioso llanto que me ví en serios aprietos para consolarla... Cesó en sus lágrimas solamente cuando la amenacé con revelar le á usted todo lo que había ocurrido entre nosotros. ¡Viera después del llanto su actitud de profunda humildad!... ¡Me dió tanta lástima, que apenas pude contener las lágrimas que pugnaban por asomar á mis ojos...

— ¡Oh! qué desgracia... ¡dijo Eufasio con desesperación.

Después, como iluminado por una idea repentina, preguntó:

— Recién anoche notó en ella esa especie de desequilibrio mental?

— No: lo noté al siguiente día de refugiarse en casa... Primero empezó á quejarse de la mal dade de su familia, que por el delito de quererlo mucho á usted la había expulsado de su casa; del odio que su madre había puesto de manifiesto en esa ocasión, y después, á medida que transcurrían los días, me habló del cariño que le profesaba su pobre hermano muerto... Así, día tras día, hora tras hora, me hablaba siempre de lo mismo, obsecada por una sola idea la mal dade de su madre..., el cariño de Juan..., la indiferencia de todos los suyos... Yo le hablaba de multitud de cosas con el objeto de distraerla, alejándola del

círculo funesto de sus preocupaciones, pero me empeñaba inútilmente, perdía todo mi tiempo... En dos ocasiones que mostré más energía para combatir el mal que hacía ya estragos en su mente, se agravó tanto, que desistí desde entonces á la idea de combatir su mal... Hoy mismo por culpa mía fué que le repitió el ataque al corazón... La sorprendí en un extremo de su habitación hablando y gesticulando á solas... No sé qué cosas disparatadas decía... Me enojé mucho con la pobrecita á fin de que no se entregara más á sus cavilaciones de ultratumba; llegué hasta el extremo de amenazarla con la expulsión de mi casa si no hacía por corregirse, y lo único que logré fué que le repitiera la puntada... Se desplomó sin pronunciar una sola palabra sobre el piso, permaneció dos horas como muerta, hasta que mis cariñosos cuidados la volvieron en sí... Apenas recobró el sentido y pudo balbucear las primeras palabras, le dije que usted no tardaría en venir..., que tratara de consolarse...

— Se sorprendió mucho cuando le comunicó la noticia? — interrumpió Eufrasio.

— Se concretó á exhalar un profundo suspiro sin articular una sola frase...

Guardaron silencio. Eufrasio miró varias veces el reloj. Hacía más de media hora que platicaba con Matilde y aun Maruja no había aparecido. Qué le ocurriría? Habría vuelto á reproducirse la crisis? Estaría quizás sujeta al imperio de una aparición sobrenatural? Quién sabe... Eufrasio extrañando esta demora, sin la calma necesaria para tomar una resolución única en medio de las dudas que asaltaban su imagina-

ción, pidió á Matilde, que á su lado permanecía como ensimismada, que fuera hasta la habitación de Maruja é inquiriera las causas de su tardanza. Entretanto aquella cumplía este propósito, Eufrasio quedó solo, sumergido en un caos de dolorosas incertidumbres, sin atinar con ninguna resolución que salvara á su prometida de una catástrofe que parecía inminente.

Absorto se hallaba en sus cavilaciones, cuando Matilde reapareció caminando lentamente, tomando de nuevo asiento al lado de Eufrasio.

— Ahora viene... — dijo aquella respondiendo á la interrogación que encerraba la mirada de Eufrasio. Estaba terminando de arreglarse un poco... Le duele mucho la cabeza y esperaba que yo fuera para decidirse á venir... Le dije que usted estaba impaciente por su demora y sonriendo me contestó que no se afligiera...

Fué interrumpida en su conversación por un extraño rumor de pasos. Maruja no tardó en aparecer por la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

Venía pálida y ojerosa, luciendo en su frente una ancha vincha de tela blanca. Eufrasio apenas la divisó corrió presuroso á su encuentro, estrechando con vivos trasportes de alegría las manos que le extendiera con displicencias de enferma. Matilde aprovechó estos instantes para alejarse de la habitación y dejarlos solos. La enferma y Eufrasio tomaron asiento casi juntos, mirándose en silencio breves instantes.

— Te duele mucho la cabeza? — le preguntó éste.

— Un poquito — contestó Ma-

tilde — Luego agregó: Ya pasará...

— Por qué demorastes tanto en llegar?

— Me estaba arreglando un poco... Después, en una transición rápida, preguntó: Estás enojado?

— No, Maruja, yo no estoy enojado...

— Como te hice esperar tanto...!

— No importa... Estaba afligido porque creí que te hubiera ocurrido algún percance...

Maruja rompió a llorar. Eufrasio, sorprendido hacía esfuerzos por consolarla.

— No llores, no te aflijas — le dijo — Ya vendrán días mejores en los cuales nos resarciremos de todas nuestras tristezas... Por ahora cuídate mucho... Tú estás muy delicada de salud y necesitas tranquilidad... Mientras tú tratas de mejorarte, yo me preparo para el porvenir...

— No, Eufrasio, yo no te convido...! Nadie me quiere...! Ya ves mamá...! Después, estoy enferma y te daría mucho trabajo...! Olvídate...! Tú puedes encontrar otra mujer y ser feliz...! Eres bueno...!

— No, Maruja, no digas eso — interrumpió Eufrasio — Yo te quiero a ti únicamente... No seas mala...! Ten confianza en mi cariño...! Yo no quiero perderte...! Seremos muy felices...!

Maruja no desplegó los labios, permaneciendo como abstraída, con los ojos fijos en un extremo de la habitación donde se había condensado la penumbra. Eufrasio la miró con sobresalto, sin articular palabra, inquiriendo en el rostro de su prometida un gesto que lo condujera hasta descifrar la extraña lucha de ideas que se libraba en el cerebro de aquel ser que tan-

to sufría por su culpa. Después, como se prolongara el silencio y la actitud de Maruja fuera anormal, la cogió nerviosamente de ambas manos y con tono de profundo azoramiento le dijo:

— Maruja!... No seas así!... Estoy a tu lado!... Háblame!... Dime cualquier cosa!... No permanezcas muda!... No ves que sufro;... Me volveré loco!... ¡Ay! Maruja mía!...

Eufrasio dejó que estallara toda su desesperación y llevándose ambas manos a la cabeza, lloró amargamente por largo rato. Maruja no se inmutó por esto. Profundamente abstraída no apartaba los ojos del extremo de la habitación, como si en la penumbra hubiera un ser extraño que la solicitara, una causa que la alejaba de la vida haciéndole olvidar al ser que a su lado sufría.

Pasado el momento de crisis, Eufrasio levantó la cabeza y acercándose a Maruja la cogió de las manos que estrujó con cariñosa vehemencia.

— Qué te pasa Maruja? — le preguntó — No estás contenta de verme a tu lado? Quieres que me vaya?...; Háblame!...; Háblame!...

Eufrasio se aproximó más a Maruja y, como otras muchas veces, quiso darle un beso en la boca. Esta, como si la hubieran herido, se levantó como azorada de su asiento, se zafó de las manos de Eufrasio y permaneció luego como momificada.

— No, eso no — gritó, mientras se alejaba con paso vacilante en dirección al extremo de la pieza donde su mirada se había obstinado en una fijeza aterradora.

— No, no Eufrasio...! El no quiere...! Mírale...! El no quiere...!

Se llevó las manos a la cabeza,

precipitándose al lugar referido. En su rostro se había paralizado un gesto de locura. Sus ojos desmesuradamente abiertos, parecían querer escapar de las órbitas. En su boca, una extraña sonrisa había pintado una mueca

horrible. Eufrasio de pie, inmovilizado por el miedo, sintió que en su garganta se anudaba un grito.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

Montevideo 1908.

Poetas nuevos

Silueta de Boulevar

Para Apolo.

Rápida cruzas por los boulevares
esparciendo cual pomo, las esencias
de tu cuerpo sutil, cuyas turgencias
son dignas del Cantar de los Cantares
Del Vicio tú no ignoras las sapiencias;
debieras ser ungida en sus altares...
Huele á nardo, á perfume de azahares
tu boca que buscó desvanecencias.

Esparces por doquier las primaveras
de tu mirar nervioso — tus ojeras
son un mundo de luz... ¡Oh Parisina!
tú sabes de la vida y los placeres,
gustaste del querer de los quereres
avida de pasión, cruel y felina!

JULIO J. CASAL.



PLAZA INDEPENDENCIA — MONTEVIDEO

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

GRECIA, por *Enrique Gómez Carrillo*. — Madrid. — Después de *El Alma Japonesa*, bello libro de impresiones de viaje por el Japón, Gómez Carrillo nos ofrece otro sobre Grecia, que hace *pendant* con aquél, tan favorablemente acogido en el seno de las críticas española y francesa. Y es, en verdad, exquisito este libro prologado por el ilustre poeta Jean Moréas.

De las páginas de *Grecia* se exhala un sutil perfume como de rosas helénicas que transporta nuestros sentidos á aquella región de la perenne belleza y nos hace vivir un instante bajo el cielo de la Hlade en comunión con la riente naturaleza y los dioses del Olimpo.

Gómez Carrillo hace un estudio de Grecia: su espíritu observador todo lo ahonda — y nos da á conocer hasta en sus rasgos más íntimos, el alma de ese pueblo, tan compleja y misteriosa; sus mujeres, sus poetas, sus inclinaciones artísticas y literarias y su grande amor á los héroes antiguos y á las leyendas del paganismo.

Obra de verdadero artista, en que la descripción surge amena y suavemente matizada, armonizando así con la pintura moral de los griegos, la ejecutada por Carrillo sintetiza todo el pasado helénico y canta á la vez la etopea de la Grecia contemporánea.

Los que á través de ciertas lecturas erróneas se hayan formado un concepto equivoco de la Grecia actual, creyéndola sometida á la fusta de la civilización oriental ó predispuesta al contagio de los males bizantinos que llevan á la decadencia, se sorprenderán leyendo este libro que

presenta á aquel país como el centro de cultura y de arte que inmortalizaron Homero y Fidas, Demóstenes y Praxiteles.

¿Un libro sobre Grecia?... dirán algunos. ¿Cuántos volúmenes habría que escribir para mostrarla, apenas en esbozo, tal como es hoy y como fué en la antigüedad!

Pero Gómez Carrillo sabe el arte de la síntesis; no se detiene en digresiones

largas y monótonas que suelen romper casi siempre el encanto virginal de una obra artística; he ahí el atributo de la suya sobre un tema tan vasto y de tan complicadas facetas como el que ofrece la tierra de Anacreonte. El arte de Carrillo es deleite y observación. Brevedad en los comentarios llenos siempre de hermosos rasgos psicológicos que bastan en una frase para pintar algunas de las modalidades populares; exactitud en la acción descriptiva y una incomparable riqueza de emociones son las virtudes primordiales de ese artista-poeta que hay en el autor de *Grecia*. — PÉREZ Y CURIS.

LA NOVELA DE MI AMIGO, por *Gabriel Miró*. — Alicante (España). — Cuando acabé de leer este libro evocé la divina modalidad de ese artificio de la palabra que se llama Gabriel D'Annunzio. Porque Miró, al igual de aquél, tie-

ne la facultad de hacer que el lector se asimile al protagonista; pues le hace sentir en la carne y en el alma todas las desdichas y toda el ansia de ternura que forman la vida del principal personaje de su obra. En *La novela de mi amigo*, Miró estudia un caso de psicología raro y morboso. El protagonista — un pintor — padece de un mal que hace que sus actos sean en un todo



ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

contrarios á sus pensamientos. Por eso, cuando pinta, no reproduce el modelo que tiene ante su vista sino aquello que ve su imaginación.

Ya he dicho que es el ansia de ternura, en parte, lo que forma su vida; una ternura reconcentrada en su hija, tierno lirio condenado á morir prematuramente, y única alma que le comprende.

Bello libro, en verdad, y escrito en un estilo sobrio y personal que revela paciente labor de artista. — FLOR DEL LACIO.

CAÍN, por Casiano Monegal. — Melo. — Quien haya leído los versos que Monegal publicara hace tres años, habrá notado una marcada tendencia revolucionaria, que se ha vigorizado notablemente en el desarrollo de una incansable labor de estudio y de pensar.

Hoy nos ofrece un nuevo libro, *Caín*, que, aunque no es de versos, palpita en él el alletazo de su musa rebelde que le sacudiera el alma á los veinte años.

Caín es una serie de cuentos, escritos en un estilo de difícil sencillez y saturados de un pesimismo que enferma y de una atrevida psicología.

No se han escapado de la sagaz observación de Monegal esas escenas íntimas de sufrimiento; esas hondas tragedias que se desarrollan en las noches interminables de las errantes almas del Dolor; esos gestos de rebelión que son imprecaciones de conciencias que se ahogan bajo el peso de su *Ananké*, y es por eso que su obra resulta de un verismo fiel, y de un temple capaz de hacer conmovier y hacer sentir toda la odisea y toda la amargura de las almas aisladas por las leyes injustas de una sociedad humana, mil veces maldita.

Monegal ha hecho obra de verdad y de tesis, de reflexión y sabio criterio. Un aplauso de: — OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

BOUQUET DE AZUCENAS, LA MUSA NUEVA, AIRES DE ANDALUCÍA, por Eduardo de Ory. — Cádiz. — Hemos recibido estos tres volúmenes de poesías de publicación casi reciente. El primero, que es una antología de los más jóvenes poetas españoles, viene á completar *La corte de los poetas*, editado por la casa G. Pueyo de Madrid; los otros dos son originales del aplaudido autor de *El pájaro azul*.

Compleja personalidad pareceme la de ese poeta varonil que se llama Eduardo de Ory. Sus versos de sutil estructura y plenos de savia nueva, recuerdan á las veces la musa de su comprovinciano Manuel Reina.

La labor de Eduardo de Ory es enco- miable, y su fecundidad, prodigiosa. Ha

publicado en menos de cinco años cinco libros rebosantes de belleza, y pronto publicará otro intitulado *Mariposas de oro*.

Ya tendremos ocasión de hablar extensamente sobre el joven poeta, con motivo del nuevo libro que editará en París. La absoluta falta de espacio hoy nos impide ocuparnos con amplitud. — PEREZ Y CURIS.

LA ETERNA ANGUSTIA, por Atilio M. Chiappori. — Buenos Aires. — «Debo narrar una historia cuya esencia está llena de horror». — Así nos dice el autor en las palabras liminares de su libro.

Y todo él, en efecto, diríase impregnado de misterio y espanto, y aun después, al final, cuando todo se aclara, perdura en nosotros esa misma sensación.

¡Libro admirable y de estilo que acusa



JOSEFINA M. DE PÉREZ Y CURIS (FLOR DEL LACIO)

una labor de orfebre! Sus páginas parecen saturadas de un perfume de pasión. Al amor que vibra en ellas podría llamársele, como dijo Lugones: «*Amor divino, porque es sin esperanza*».

El vulgo no sentirá todas las bellezas que encierra *La eterna angustia*, pero presumo que este libro fué escrito para los que están ungidos de tristeza y de amor, para esos elegidos de la vida. — FLOR DEL LACIO.

PERFILES Y RELIEVES, por F. García Godoy. — Santo Domingo. — Las Antillas pueden considerarse orgullosas en contar con hijos tan valientes y de tanto talento, como lo es García Godoy, de quien nos vamos á ocupar en breves líneas:

Su último libro *Perfiles y Relieves* es una obra de estudios, que se destaca vigorosa por su complexión severa y por lo profundo de sus meditaciones acerca de la

labor luminosa de consagrados artifices de la Palabra, de la Forma y de la Idea.

El estilo de García Godoy es altamente personal. Su pluma, sobria y brillante, sin deslices ampulosos de rebuscadas afectaciones, tiene el poder sugestionador de hacer enseñar á las almas selectas, toda una divina peregrinación á través de la exquisita y genial concepción de cerebros maravillosos.

Perfiles y Relieves es un libro de consagración y de aliento, que ha merecido un puesto de honor entre las más valientes obras americanas, de estudios críticos.

Llegue hasta García Godoy nuestra admiración sincera. — OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

EL PADRINO DE CECILIA, por María Morris-

son de Parker. — Montevideo. — Editada por O. M. Berrani se ha puesto en venta recientemente esta novelita nacional, llena de interesantes rasgos y escrita en un estilo tan hermoso y sereno que se hace digna de generales elogios. Muchas son las bellezas que encierra *El padrino de Cecilia* para señalarlas en esta breve nota. Por otra parte, demasiado conocida es la labor de la señora Morrison de Parker que colabora desde hace varios años en importantes revistas de las repúblicas del Plata. *El padrino de Cecilia* trae un conceptuoso prólogo que el escritor nacional Alcides de María escribió pocos meses antes de su muerte.

Nuestros aplausos á la gentil escritora. — PEREZ Y CURIS.

Nuestra juventud

He aquí un estudioso: el joven Elzear S. Giuffra que recientemente ha sido incorporado al cuerpo de redacción de *El Telégrafo Marítimo*. Su suficiencia para abordar con felicidad temas de diversa índole, ha sido comprobada con su perseverante labor que revela no sólo un espíritu escudriñador que todo lo abonda y de todo trata de incautarse, sino también una gran voluntad puesta al servicio de ideales educativos.

Sus *Apuntes de Geografía Americana*, publicados en el año pasado, son una prueba irrefutable de sus aptitudes para el estudio de esa rama de la ciencia tan vastamente y tan bien tratada por Reclus. Dicha obra, que será adoptada, no lo dudamos, como texto para uso de nuestras escuelas, ha sido juzgada muy favorablemente por perso-



nas competentes como Orestes Araújo, etc.

Nuestros aplausos al joven colega.

Gran Sastreria PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de \$ 10 00	á \$ 22.00	
Jacquet	\$ 22.00	\$ 28.00	forro de seda
Smoking	\$ 18 00	\$ 28.00	» » »
Levita	\$ 30.00	\$ 40 00	» » »
Frac	\$ 30 00	\$ 40.00	» » »
Sobretodos	\$ 12.00	\$ 22.00	» » »
Pantalones	\$ 2.00	\$ 7.00	
Chalecos fantasia	\$ 1.00	\$ 5 00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

SOMBRERERIA JOCKEY - CLUB

Argerio y Lena

SE HACEN SOMBREROS DE MEDIDA



GRAN VARIEDAD EN ARTICULOS

... PARA HOMBRES, RECIBIDOS ...

- DIRECTAMENTE POR LA CASA -

PRECIOS MÓDIGOS

- Avenida 18 de Julio, 360 -

(FRENTE A LA CONFITERÍA AMERICANA)

MONTEVIDEO.

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

«La canción de las Crisálidas»

«El poema de la Carne».

Poesías .

«Heliotropos» Poesías)

«Rosa ígnea» (Cuentos .

EN PREPARACIÓN

«Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).

«Alma de Idilio» (Poema).

«Albas sangrientas» (Poesías de combate).

«La Ola» (Novela).

«En el huerto de los besos» (Poesías).

EN BREVE APARECERÁ

Por los jardines

del Alma = = =

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Ríos



O. M. BERTANI

EDITOR

SARANDI, N.º 240

MONTEVIDEO



TARJETAS POSTALES



CASA EDITORA É INTRODUCTORA

— NOVEDADES TODAS LAS SEMANAS —

F. D. FAIG



25 DE MAYO, 324

: : MONTEVIDEO : :

TELÉFONO: LA URUGUAYA, 1741 (Central)

ESPECIALIDAD EN OBJETOS PARA RECLAMO

— Colegio — : Internacional :

Fundado en 1875

Director: J. TOUYA

Se ha trasladado **Uruguay,**
á su nuevo local, **419-421**

— calle — **MONTEVIDEO**

Clases elementales y superiores
COMERCIO Y BACHILLERATO
Pupils, medios pupils y externos

**El idioma oficial
: : del colegio : :
es el francés.**

Por programas, reglamentos y demás
datos, dirigirse á la Dirección del
Establecimiento.

**CASA DE PLANCHADOS
Y ARREGLOS DE ROPA**
PALAZZO Y C.^a

B. MITRE, 137 - casi esq. Sarandí

TARIFA DE PRECIOS - Planchado

Por un traje: de Frac ó Levita \$ 1.30;
de Smokin \$ 1.30; Jacket \$ 1.20;
de Saco \$ 1.00.

Traje de Playa: de Franela \$ 2.00; de
de Brin \$ 1.50; por un Chaleco
\$ 0.40; por un Pantalón \$ 0.50. —

Pieza suelta: Frac \$ 1.00, Levita \$ 1.00,
Jacket \$ 0.70, Smokin \$ 0.80; Saco
\$ 0.50, Sobretudo \$ 0.70, Chaleco
0.20, Pantalón \$ 0.30. — — —

Librería y Papelería de la Facultad

— de —

MAXIMINO GARCÍA

Obras de fondo para profesionales;

Matemáticas, Derecho, Ingeniería,

Medicina, Jurisprudencia, Filosofía,

— Literatura, Historia y Arte. —

✻ **Textos escolares y universitarios.** ✻

Suscripción á diarios y revistas

— — — extranjeras. — — —

Trabajos de tipografía, litografía,
encuadernación y sellos de goma.

Tarjetas de visita y obras de lujo.

— Gran variedad en postales. —

Útiles de escritorio y papelería.

25 de Mayo, 134

— entre Colón y Solís

ANTONIO SIERRA

CIRUJANO DENTISTA

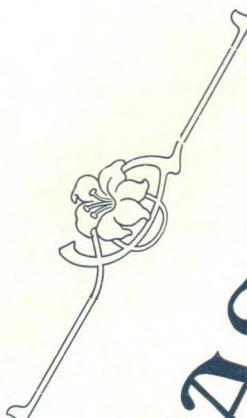

CONSULTAS: DE 9 á 5

18 DE JULIO,

— 344 —



ZAPATERÍA


Gran CASA ROSSI


424,
18 DE JULIO